

Páginas dispersas

Paul Groussac*

En su oración fúnebre a Sarmiento, Paul Groussac recordaba a Thamus, el piloto egipcio, que se detuvo junto a las islas Equínades para arrojar al espacio su misteriosa anunciación: al conjuro de su voz, el Mar Jónico pareció estremecerse y del Golfo de Patras y de la costa incierta, envuelta en sombras, surgió un quejido continuado y profundo... Ahora, con su propia muerte, a dos generaciones argentinas les llega el momento de avalorar tan excelsa figura y, como en el diálogo de Plutarco, alza el coro de sus lamentos ante el vacío que deja su ausencia. El maestro de la juventud argentina, en cuanto ésta tiene de serio y de calificado; quien, lejos de adularla con vanas palabras, no le ocultó la inquietud que le inspiraba su destino y, en medio de la audacia e improvisación criolla, supo proyectar, en un ejemplo magnífico, el camino de la meditación, de la probidad intelectual y del buen gusto, no fue un argentino sino un francés.

Es realmente curioso observar hasta qué punto ha influido el otro continente sobre nuestra cultura y cómo todo ensayo de civilización aborígen y nacionalista no ha tenido sobre nosotros otra influencia que la nefasta, en el sentido que le daba Groussac: «Las tendencias fatales de la raza...». A tal extremo hemos llevado adelante este papel de pueblos remolcados por el soberano empuje europeo, que le ha incumbido a un extranjero la tarea de organizar nuestra vida intelectual e iniciar una revisión amplia y minuciosa de nuestros valores, comenzando por los históricos. De toda la generación literaria de hombres a la cual apareció vinculado, Groussac se nos presenta como la figura de mayor relieve y potencialidad. Arquetipo del escritor, descuella entre esos estimables aficionados por el dominio de los temas que trata, la profundidad en el pensar y la elegancia del estilo. Genuinamente europeo, con todas las calidades y limitaciones propias del francés —voluntad tenaz, inteligencia cáustica, nacionalismo *enragé*— su espíritu claro y metódico forma verdadera oposición con la idiosincrasia tumultuosa y meridional de la época. Constreñidos a nuestra reducida vida

* Revista Nosotros, Buenos Aires, julio de 1929.

mental de hace cincuenta años; separados de Europa por una doble distancia, en el sentido material y espiritual de la palabra, a través de la cual las ideas nos llegaban como remedos anticuados e innobles; impulsados a alejarnos de ella, día a día, por la temible influencia hispanoamericana, he aquí que este gallo de pura raza comienza a ejercer sobre nosotros la saludable dictadura de su espíritu. Nada podía ser más eficaz. En medio de la ampulosidad y del exceso a que estaba condenada nuestra joven literatura, surge un podador enérgico y sabio en este «griego de Focea», repleto de nociones clásicas, con un sentido exacto de las proporciones y del equilibrio. A partir de 1880, época en que comienza a prevalecer su influencia, podemos decir que Europa, de una manera definitiva, sienta sus reales entre nosotros.

De una larga y fecunda trayectoria, la vida de Groussac se nos aparece plena de enseñanzas, rodeadas por una aureola de verdadera sugestión. Hasta lo pintoresco, que rara vez se presenta en quienes llevaron una existencia fundamentalmente subjetiva, consagrados, ante todo, a los problemas intelectuales, se insinúa aquí en sus primeros años de América —pastor adolescente de esta nueva Ebalia— librado a la aventura de cuidar ovejas en San Antonio de Areco. Tenía dieciocho años cuando llegó a la Argentina, solo y desvalido, agotado su peculio en un pasaje fortuito. En un principio, dificultades de toda índole le salen al encuentro, pero él va sorteando unas y otras y prosigue, incansable, esta suerte de carrera de obstáculos. Para vencerlos cuenta con dos grandes recursos, de naturaleza distinta, por cierto, a su tan decantado latín y matemáticas, y no en balde pertenece a aquellos pocos que los dioses obsequiaron con sus más preciados dones: energía de carácter y talento. Llegado al país sin saber una palabra de español, pasados cuatro años publica en castellano un ensayo sobre Espronceda, cuyo distintivo es la riqueza y abundancia del lenguaje. Aparte de su mérito intrínseco —agregaba Goyena refiriéndose a este artículo— la elección del tema revela verdadera voluntad. Doce años después, con el *Ensayo Histórico sobre Tucumán*, Paul Groussac remataba esta conquista y, una vez asimilado a nuestro idioma, se aplicaba al estudio de nuestra historia. Más tarde habían de venir sus trabajos sobre los *Escritos de Mariano Moreno, Liniers, Mendoza y Garay, El Padre Guevara, Las Bases de Alberdi...* En ambos sentidos descolló de una manera absoluta. A la armoniosa sonoridad que le es característica, el castellano de Groussac une cierta flexibilidad y gracia esencialmente propias, como sólo podía darse en quien, para usar de sus mismas palabras, «poseía el espíritu extranjero en su más sutil esencia y el nacional en toda su plenitud». El estudio de los clásicos, el dominio del francés e inglés, dan variedad a su pensamiento y ligereza a su estilo, contribuyendo a universalizar todos los temas que trata, aun aquellos de

excesiva especialización. En el terreno histórico, fue de los primeros en introducir la compulsión de documentos y la revisión minuciosa y metódica de los archivos. «Cuando la exactitud, que es la probidad científica, llega a practicarse como disciplina mental, dijo, se la aplica a todo con igual conciencia, así a la ortografía de un hombre como a la demostración de un teorema».

Tan sólo con tener entre manos alguno de sus libros, es fácil percibir cómo Groussac hizo del principio anterior la norma de su vida. En esas páginas substanciosas, surcadas por largos paréntesis, repletas de notas adicionales, en las que todo ha sido rigurosamente sopesado, desde la menor referencia hasta la pulcra y cuidadosa impresión, parece flotar el espíritu de quien las escribiera. Combinación feliz del crítico severo, que lleva hasta el extremo la lucidez y penetración de su juicio, sin restar ni un ápice a la belleza propia del artista ni a la profundidad de su pensamiento filosófico. A través de sus escritos se vislumbra un velado escepticismo, término al cual llegara, como Renan, luego de crueles luchas consigo mismo y de penosos e inútiles esfuerzos: «Mi actual tabla rasa no ha venido a quedar tal sino después de haberse escrito y borrado en ella mucho garrapateo». Sin ser un filósofo, como él mismo lo declara, preocupáronle siempre los arduos temas de la filosofía y en este sentido podemos decir que su vida toda fue una larga evolución: desde el lejano positivismo, contraído en la juventud, hasta su conversión a la religión católica del momento postrero, atravesando por una suerte de nihilismo mental que parecía haber echado en él hondas raíces... Quizá, su más constante posición filosófica. En cuanto a la breve etapa final, bien quisiéramos confiar en ella de no provenir de quien, con cierta diabólica previsión, supo referirse a «las traiciones orgánicas de las últimas horas, que prestan al debilitamiento el significado de una adhesión in extremis a creencias que no se profesa...».

No desconoció Groussac el fondo generoso y la vivaz inteligencia argentina y, durante muchos años, se esforzó en inculcarle normas y hábitos de trabajo. Aquí y allá, en medio de la inconsciencia y satisfacción general, se aplicó a sembrar la santa duda, «*el initium sapientiae*, la estampilla del verdadero espíritu científico». Como Dubois-Reynal, en su célebre discurso, gustaba también él de afirmar, en el país del optimismo: *Ignoramus, Ignorabimus*. Sus frases certeras pusieron en jaque algunas reputaciones, y más de un edificio, al parecer firmemente apuntalado, se vino abajo con gran estrépito ante el primer empuje de su terrible fiscalización. Le debía a su capacidad como polemista, que se puso por entero de manifiesto en el primer número de *La Biblioteca*, el ser considerado como un contrincante peligroso, en ocasiones excesivo y malévolo, siempre conveniente de eludir. Él, asimismo, no estaba exento de puntos débiles y en medio de su obra,